

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Sahemos desde aho:a que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

EL SIGLO DE LAS LUCES.

Este nombre se da á sí mismo el que vamos atravesando con vertiginosa rapidez y mal segura planta. Y por cierto que no es pecar de modesto. Bien podia haber aguardado el juicio de la posteridad, y no obrar á semejanza de aquellos reyes que con sus propias manos se ciñen la corona á despecho del ceremonial establecido. Su impaciencia no es la mejor prueba de su derecho, ni impedirá que la historia reivindique sus fueros y se constituya en tribunal de alzada, para resolver si mereció tan honroso título, ó si debe dejárselo por mote en castigo de su vanidad y osadía. Siglo de las luces! No diremos que haya de llamarse así por antífrasis; pero ¿seria acaso un delito de lesa sentido comun encontrar algo de convencional y de hiperbólico en este pomposo calificativo? ¿Seria sobrada irreverencia pronunciarlo con cierta inflexion de duda, rehusarle los honores de axioma inconcusos, y no querer admitir las razones en que se funda sino á beneficio de inventario?

En él más que en otro cualquiera se han difundido y generalizado las nociones científicas que tienen por base la observacion y los experimentos. Las ciencias que por decirlo así entran por los sentidos, que están con ellos más directamente relacionadas, y que más propenden á proporcionarles placeres y satisfacciones, han acumulado en sus respectivos erarios una inmensa multitud de datos en otros

tiempos desconocidos, y á fuerza de investigaciones han sorprendido secretos que parecían estar reservados en las profundidades de la Mente creadora. La inteligencia humana domina hoy la materia cual nunca la habia dominado; maravillosos descubrimientos han dado á nuestra generacion un poder superior al de las hadas y nigrománticos de la edad media, y la mecánica y la industria con un ardor calenturiento han fabricado prodigios que se hubieran creído sueños de poetas para decorar palacios encantados ó embellecer fantásticos jardines. Y no es esta la única esfera en que ha desplegado su actividad, ha levantado sus velos y cruzado nuevos horizontes. En el campo de la historia ha profundizado sus escavaciones para escudriñar los arcanos del tiempo pasado, así como por otros medios procura adivinar los arcanos de la naturaleza. El arte y la literatura han multiplicado sobre manera el número de sus prosélitos, y aguzadas las facultades intelectuales en la rueda del tiempo, han dado un vigoroso impulso al creciente desarrollo de todo lo que contribuye al refinamiento de los goces, de todo lo que puede constituir una civilizacion de sibiritas. Pero, si á mas no se estiende la decantada ilustracion del siglo, ¿es acaso suficiente para dejar satisfechas todas las aspiraciones del corazon humano? ¿Es esta toda la luz que los ojos del alma necesitan?

Será todo lo verdad que se quiera que á nuestro siglo no le faltan especiosos motivos

de envanecimiento; que en determinadas clases de conocimientos los pasos de niño que un tiempo se daban han llegado á convertirse en pasos de gigante; que la ciencia no es ya el patrimonio de unos pocos, ni está ya vinculada al mayorazgo de la humanidad, sino que entra en el cúmulo de bienes repartible entre todos los miembros de la familia; que el espíritu humano, recorriendo la órbita que el dedo de Dios le tiene trazada, se cierne complacido en zonas bañadas de esplendorosos destellos; pero ¿no es también verdad que en esa órbita misma tiene que atravesar otras zonas bastante nebulosas y oscuras todavía? ¿No es verdad que en estas regiones fatiga sus alas con obstinado empeño, y clama incesantemente *fiat lux*, y el caos no obedece y las tinieblas no se rasgan y la luz no queda hecha, por más que el espíritu humano locamente engreído se figure haber realizado su intento? En nuestros días han brotado del árbol de la ciencia nuevos y lozanos vástagos nutridos de fecunda savia; otras ramas empero se han quedado tan desmedradas como antes, ó á lo más se han cubierto de estéril y pomposo follaje, sin contar las que solo están produciendo envenenado fruto. ¿En ciencias morales y filosóficas, en las políticas y sociales, son acaso tan claros, tan evidentes los progresos, que sin reparo ni vacilación alguna podamos decir que nos hallamos en pleno siglo de las luces? ¿Ó son por ventura estas ciencias de menor importancia que las físicas y exactas, que la literatura, la industria y las bellas artes? Si hubiera de calcularse la altura en que hoy día se encuentra cada una de estas ciencias, considerándola colocada sobre un pedestal fabricado con la multitud de volúmenes que acerca de ella se han escrito, de seguro que por su elevación traería á la memoria el recuerdo de la torre de Babel, así como se ocurre este mismo recuerdo por la confusión de ideas y por la lucha de opiniones que han producido en el mundo la diversidad y la muchedumbre de sus encontrados sistemas é inconciliables teorías. ¿De qué nos sirve pues que los adelantos de la civilización construyan en torno nuestro unos pensiles babi'o-

nios, si al fin y al cabo ha de darnos hospedaje la torre de Babel que en medio de ellos se levanta?

La luz, el resplandor interno de la ciencia es la verdad: todo lo que esta no sea, no puede dar de sí más que un brillo falso y aparente. En el mundo físico no se concibe una luz que no sea luz: no es fácil encontrar un ciego que se imagine estar viendo, pero sí puede uno quedarse dormido y soñar que recorre hermosos campos alumbrados por los ardientes rayos del medio día. En el mundo moral se reproduce con desgraciada frecuencia este fenómeno entre los que están despiertos. Creen ver en medio de las tinieblas y teniendo los ojos cerrados. Y aun á los más cautos y avisados no pocas veces el error se les presenta disfrazado con el manto de la verdad, y los seduce y engaña fingiendo alumbrarles con sus fosfóricos resplandores. ¿Qué es la ciencia que en el error se funda? Por más arquitectónico, por más elegante y vistoso que sea el diseño, por más ricos y preciados que sean los materiales, ¿hay que enorgullecerse de un edificio sobre tales cimientos construido? La verdad no puede sentarse indistintamente en las cátedras de escuelas contradictorias: su buril no puede grabar indistintamente el anverso y el reverso de una medalla para convertirla en equívoco sello de sus doctrinas. Entre dos teorías científicas que no puedan amalgamarse y fundirse y completarse mutuamente, cuando menos una de ellas no es verdadera. En las luchas intelectuales en que se pelea á brazo partido y se disputa el posesorio de la verdad, no cabe transacción alguna, porque la verdad es una reina y como tal su trono es indivisible. Ahora bien, ¿quién es capaz de formar el catálogo de los sistemas políticos ó filosóficos que están hoy día en voga, ó cual de ellos hay que no cuente numerosos y acérrimos partidarios entre los encomiadores de las luces del siglo? Pues entonces elegid uno cualquiera, y ó bien no contiene la verdad, ó bien existe una muchedumbre inmensa que no acierta á distinguirla, si es que no padezca de voluntaria obcecación para eludir el deber de reconocerla. Y que en determinada esfera la verdad

no exista, ó la inteligencia no la descubra ó los ojos se empeñen en no verla, para ponderar las luces de nuestra época el resultado viene á ser el mismo. Muchos y encontrados sistemas! gran prueba de la capacidad y fuerza del espíritu humano, de su fecundidad inagotable, de los inmensos recursos de que dispone, de su prodigioso adelanto en las vías del progreso, de los torrentes de luz en que con tanta delicia se sumerge! ¿Y no serán tal vez mejor prueba de la limitación de sus fuerzas, de la flaqueza de sus alas, de la incertidumbre en que le dejan sus tentativas, de la ardiente sed que le devora, de la dura necesidad de andar pisando sombras á que se ve condenado? Si hubiese tropezado ya con el raudal cristalino, ¿á qué buscar otros en que refrescar sus labios? Si estuviese seguro de estrechar en sus brazos la verdad, ¿seguiría preguntando por ella con tal ahinco?

El siglo de las luces! y no hay día en que de esta ó de la otra nación no se desprenda un angustioso quejido, lamentando la oscuridad en que se halla envuelta. Al decir de sus tribunos y publicistas sobre ella ruedan y se apiñan densos nubarrones, semejantes á las masas de negro humo que se estienden sobre una fábrica de alfarero. El horizonte encapotado no deja entrever una sola brecha por la que penetre un rayo de luz. Sucédense los mas tristes pronósticos, y se recuerda que otras veces los mas atinados cálculos salieron fallidos. No hay medio de vislumbrar cual sea el porvenir que les trae inquietos, y solo se sabe que se marcha al azar, que se corre á lo desconocido, y que existe á lo lejos un insondable precipicio. Pues y la ciencia ¿para cuándo tiene reservados sus esplendores? ¿Acaso la ilustración del siglo no cuenta entre sus adeptos á gobernantes y gobernados? Toda situación política, por árdua y espinosa que sea, no es mas que un problema científico. mas ó menos complicado: las crisis lo plantean, y la ciencia debiera tener medios de resolverlo del modo mas favorable á los intereses de la nación, só pena de que su ineficacia demuestre ó que el sistema no está fundado ni siquiera en una verdad relativa, ó que los pueblos no tienen

bastante luz para discernirla, ó que sus entendimientos se hallan ofuscados por aviesas pasiones que les impiden reconocerla. Y cuando esto con tanta frecuencia sucede, ¿podrá decirse que se vive en un siglo verdaderamente ilustrado?

Tiempos han existido en que la faz del mundo civilizado estaba cubierta de benéficos resplandores. El astro que iluminaba la tierra no era el de una cultura artificial, empeñada en hacer de ella un paraíso semejante al de los musulmanes: no era el de una ciencia pagada de sí misma, y que creeria degradarse prestando el debido homenaje á la fé religiosa. El astro era precisamente esta misma fé en una doctrina emanada del cielo. Jesucristo era el sol del mundo: en el hemisferio sobre el cual no resplandecia dominaban los mas torpes y groseros errores: venian á ser el día y la noche de la inteligencia humana. Jesucristo dijo de sí mismo que era la *verdad*, y en corroboración de este aserto presentó la excelencia de su vida, la perfección de su doctrina y lo incontestable de sus obras portentosas. Jesucristo es la verdad, y la verdad es la luz del entendimiento. Y aquellos tiempos se llaman ahora siglos de tinieblas y de ignorancia, y en el siglo de las luces se ha concebido nada menos que el descomunal y estúpido proyecto de extinguir aquel foco de perenne luz, como si fuese la hoguera de voraz incendio, de arrancar de su órbita el astro divino, de despojarle de todos sus destellos para que de él no quede ni siquiera el recuerdo. Otros no tan feroces y desalmados, pero no menos engreidos con su vana ciencia, aspiran al renombre de sensatos y conservadores, porque no se proponen destruir y apagar aquel sol, sino simplemente reducir sus dimensiones y convertirlo en una lámpara de santuario. Quiérenlo escondido en el templo, con tal que esté bien cerrada la puerta y bien tapadas las rendijas por donde su luz pudiera escaparse hasta las calles y plazas contiguas. Figúranse que es una prueba de moderación y generosidad el permitir que Jesucristo tenga su pequeña grey, y le dejan reinar en la conciencia individual de los que se avengan á doblarle la rodilla, con tal que

no ilumine la conciencia del linaje humano, que no estienda su imperio sobre las sociedades en masa, que no restrinja la moral acomodaticia de los pueblos, que no inspire sus códigos, sus ciencias y sus artes, que no reclame la mas leve obediencia á su Iglesia ni el mas vulgar respeto á sus ministros, que no obtengan el menor privilegio sus doctrinas ni se pretenda sobreponerlas á cualquier otro filosófico sistema. Se quiere á Jesucristo preso y encerrado en el templo, como el demente en su jaula, ó si la comparacion es demasiado repugnante, como el anacoreta en su celdilla. Á los católicos no se les concede mas que el uso de sus propios templos; si algo mas consiguen no es á fuer de católicos sino á fuer de ciudadanos. Y aun aquel derecho innegable no se les otorga sino mutilado, restringido, vulnerado. Tertuliano decia á los gentiles: «nosotros lo llenamos todo y solamente os hemos dejado los templos;» ahora el neo-paganismo ha visto acercarse la hora de la venganza, y encarándose con los católicos esclama á su vez: «nosotros os lo negamos todo y solo os abandonamos vuestros templos; contad empero que de ellos derribaremos todos los que nos convengan para vender por dinero sus escombros y en sus solares levantar casinos y teatros.» ¿No hay sobra de razon para vacilar un poco antes de afirmar rotundamente que vivimos en el siglo de las luces?

T. AGUILÓ.

PROTESTA DEL PAPA

ACERCA DE LA SUPRESION DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS.

Al reverendísimo cardenal Jacobo Antonelli, nuestro secretario de estado.

Obligado en las tristes circunstancias actuales á presentiar diariamente el doloroso espectáculo de nuevos y violentos atentados contra la Iglesia, sentimos hoy de un modo especial la necesidad de tomar la pluma para manifestaros, señor cardenal, la profunda amargura que hemos sentido, al tener noticia de que el presidente de este gobierno usurpador ha declarado en una ocasion solemne su intencion de presentar pronto al parlamento una ley para suprimir las órdenes religiosas de nuestra ciudad de Roma, sede del vicario de Jesucristo y metrópoli del mundo cristiano. Esta declaracion, que pone mas y mas de manifiesto cuál era el verdadero objeto con que se despojaba á esta sede apostólica de su poder temporal, es un nuevo ultraje inferido no sola-

mente á Nos, sino á la catolicidad entera. ¿Quién no ve en efecto, que suprimir las órdenes religiosas en Roma, y aun limitar arbitrariamente su existencia, es no solo atentar á la independencia y libertad del romano pontifice, sino tambien arrebatarle uno de los medios mas poderosos y eficaces para el gobierno de la Iglesia universal? Nadie ignora que, así como Roma es el centro del cristianismo, las casas religiosas que hace muchos siglos que existen en esta ciudad, son como el centro de todas las órdenes y congregaciones respectivas, esparcidas por el mundo católico. Estas casas son como otros tantos seminarios fundados por los infatigables desvelos de los pontífices romanos, dotados por la generosidad de piadosos bienhechores, muchas veces extranjeros, y gobernados por la suprema autoridad pontificia que les da vida, direccion y consejo.

Estas casas fueron instituidas y destinadas á proveer de obreros y misioneros á todas las partes del universo. Para mostrar los beneficios que estos discípulos de los consejos evangélicos han prestado á la república cristiana y á la humanidad entera, no es preciso recurrir á la historia: basta dirigir una mirada á los diversos paises de Europa y á las mas remotas regiones de Asia, América, Africa y Océania, donde hoy todavía los celosos ministros de Dios consagran con ejemplar abnegacion sus fuerzas, su salud y hasta su vida al bien y á la salvacion de los pueblos.

Si pues se suprimen las órdenes religiosas en Roma ó se limita su existencia, el mundo no podrá gozar como hoy de los beneficios de estas piadosas y caritativas instituciones. En Roma en efecto están los primeros noviciados destinados á preparar los nuevos predicadores de la fé, á Roma acuden los religiosos de todas las naciones para fortalecer su espíritu y dar cuenta de sus misiones, en Roma se resuelven todos los asuntos de las casas religiosas, aun de las extranjeras, en Roma en fin son elegidos con el concurso de los religiosos de diferentes paises, los superiores generales, los dignatarios de las órdenes y los gefes de todas las provincias. ¿Cómo es por tanto posible que sin estos grandes centros, tales como están hoy organizados, y sin esta suprema direccion, la obra vivificante y benéfica de los obreros del evangelio tenga los mismos resultados que hoy? No, no es posible: suprimir las casas religiosas en Roma es quitar la vida á las comunidades esparcidas por el mundo entero; despojarlas de sus bienes en Roma es arrebatár á toda la órden su legítima propiedad. La supresion de las órdenes religiosas en Roma, mas todavía que una injusticia manifiesta en perjuicio de individuos beneméritos de la sociedad, es un verdadero atentado contra el derecho internacional del catolicismo.

Debemos tambien hacer constar por un deber de gratitud, que la supresion de las casas religiosas de Roma causaria al mismo tiempo un gran daño á esta sede apostólica, puesto que los individuos mas distinguidos de estas casas, unos se consagran con gran provecho al santo ministerio, otros asisten á diferentes congregaciones, ya proveyendo datos sobre las diferentes misiones confiadas á sus cuidados, ya dedicándose á profundos estudios para la refutacion de los errores, ya dando su ilustrado parecer sobre las diversas cuestiones disciplinarias de las diferentes iglesias del mundo católico.

Es pues bien conocido el propósito del gobierno usurpador al tratar de suprimir las órdenes religiosas. Si, señor cardenal; esta medida es la continuacion del plan funesto y

subversivo que desde el día de la violenta ocupacion de Roma es hipócritamente ejecutado en perjuicio, no solamente de la autoridad temporal, pero mas todavía de nuestro supremo apostolado, en provecho del cual se decia con escarnio que se quería quitar al papa el patrimonio de la Iglesia, este patrimonio concedido á los pontífices por un designio admirable de la divina Providencia, y que han poseído durante once siglos con los títulos mas legitimos y sagrados para bien de la cristiandad entera.

Y ¿quién podrá de hoy mas abrigar ninguna ilusion respecto al carácter de este plan, que tiende á derribar nuestra autoridad de gefe supremo de la Iglesia, á envilecer su dignidad, á poner obstáculos al ejercicio de nuestro augusto ministerio, á destruir en fin el organismo tradicional de esta sede apostólica? Vos, señor cardenal, sois diariamente testigo de las usurpaciones que con varios pretextos se cometen en detrimento de la religion, de la moral y de la justicia, usurpaciones que tienden todas á la ejecucion de este plan destructor. ¿No es esto lo que se procura, sustrayendo poco á poco á nuestra autoridad todas las instituciones de caridad y beneficencia, los colegios de educacion y liceos de instruccion pública, que fueron siempre objeto de los mas solícitos cuidados por parte de los pontífices nuestros predecesores? ¿No tiende á esto la funesta ley, que condenando forzosamente al servicio militar á los jóvenes consagrados á Dios, corta como hacha inexorable las mas risueñas esperanzas de la Iglesia, y priva al santuario y al claustro de una escogida falange de ministros jóvenes y laboriosos? ¿No tiende á esto esa desenfrenada libertad de enseñar impunemente toda clase de errores, ya por medio de la prensa, ya con predicaciones públicas y escandalosas, hechas con inaudita impudencia por hombres apóstatas y rebeldes á la autoridad de la Iglesia? ¿A qué se dirigen la relajacion de las costumbres, la insolente licencia de los espectáculos públicos, los continuos ultrajes á las santas imágenes y á los ministros del Señor, las frecuentes profanaciones del culto, la continua burla que se hace de las cosas mas sagradas é inviolables, y la opresion sistemática de todas las personas honradas, afectas á la Iglesia y al papa?

Vos, señor cardenal, sabeis cuán desgarrado está nuestro corazon en vista de los males de la Iglesia. Sin poder, en la situacion en que Nos han puesto, darles el mas ligero remedio, no podemos hacer mas que llorar las desventuras de nuestra grey, no sin elevar públicamente la voz para reclamar y protestar contra los atentados de que la Iglesia es víctima, y para poner en evidencia á los ojos del mundo entero la miserable condicion á que por la perversidad de los tiempos nos vemos reducido.

Nos hubiéramos podido es cierto evitar en parte el sacrificio de beber todos los dias tan amargo cáliz y de asistir personalmente á tan desconsolador espectáculo, buscando un asilo en pais extranjero. Pero razones de gran interés religioso nos aconsejaban en el estado actual de las cosas no salir por ahora de esta ciudad que nos es tan querida, en lo cual no ha faltado seguramente un designio singular de la divina Providencia, para que el mundo pueda atestiguar con la evidencia de los hechos qué suerte está reservada á la Iglesia y al romano pontífice, cuando la libertad y la independencia de su supremo apostolado se hallan comprometidas por la destruccion de un orden providencialmente establecido por Dios. ¿Cómo en efecto en la situacion actual

de las cosas puede llamarse el papa libre é independiente? No basta que se pueda decir en este momento que es materialmente libre en su persona, es menester que á los ojos de todo el mundo aparezca libre é independiente en el ejercicio de su suprema autoridad. El papa no puede ser y no será jamás libre é independiente, mientras su poder supremo esté sometido á la presion y al capricho de una autoridad hostil; no puede ser y no será jamás libre, mientras su ministerio esté espuesto á la influencia y á la dominacion de las pasiones políticas; no puede ser y no será jamás libre, mientras sus leyes y sus decretos no aparezcan exentos de toda sospecha de parcialidad ó de ofensa hácia diferentes naciones. En la condicion en que se ha colocado al pontificado, despues de la usurpacion del patrimonio de la Iglesia, el conflicto entre los dos poderes es inevitable.

El acuerdo y la armonía no pueden depender de la voluntad de los hombres. Cuando las relaciones entre las dos potestades están basadas en un sistema absurdo, los efectos no pueden ser otros que los que naturalmente se derivan de dos elementos opuestos, que necesariamente han de estar en constante y penosa lucha. La historia está llena de conflictos entre las dos autoridades y de ejemplos de perturbacion en la sociedad cristiana, siempre que los romanos pontífices han estado sometidos, siquiera momentáneamente, á la autoridad de un poder extraño. Y la razon es obvia. Estando el mundo dividido en un gran número de estados, independientes los unos de los otros, fuertes y poderosos unos, pequeños y débiles otros, la paz y la tranquilidad de conciencia de ellos no puede asegurarse sino por la certeza y la conviccion de la absoluta imparcialidad del padre comun de los fieles y de la completa independencia de sus actos. Y cómo ¿pueden existir esa certeza y esa conviccion, si la accion del pontífice romano está sin cesar expuesta á la agitacion de los partidos, al capricho de los gobernantes y al peligro de ver turbado á cada instante su propio reposo y la tranquilidad de sus consejeros y ministros?

La libertad de las sagradas congregaciones encargadas de resolver las cuestiones y de responder á todas las cuestiones del mundo católico, es de grandísima importancia para la seguridad de la Iglesia y para las necesidades legítimas é imperiosas de todas las naciones cristianas. Importa en efecto que nadie en el mundo pueda tener dudas acerca de la libertad é independencia de las decisiones y de los decretos emanados del padre comun de los fieles. Importa que nadie esté atormentado por el temor de que intervengan extrañas presiones en las resoluciones pontificias. Importa que el papa, las congregaciones y el cónclave, no solamente sean libres de hecho, sino que esa libertad aparezca evidente y manifiesta, y que no sean posibles la sospecha y la duda acerca de ese punto. Teniendo pues la libertad religiosa por condicion indispensable la libertad del papa, sígnese de aquí que si el papa, juez supremo y órgano vivo de la fé y de la ley de los católicos, no es libre, los fieles no podrán estar jamás seguros de la libertad é independencia de sus actos. De ahí las dudas y las ansiedades de los católicos, de ahí las perturbaciones religiosas de los estados. De ahí esas demostraciones católicas, expresion de la inquietud interior de los ánimos, que se ve crecer cada dia mas desde la época de la violenta invasion del último resto de los dominios pontificios, y que no tendrán fin mientras que el gefe del catolicismo no vuelva á la posesion de su plena libertad y de su verdadera independencia.

Después de esto, difícilmente se comprende como se puede hablar todavía con seriedad de conciliación entre el pontificado y el gobierno usurpador. ¿Qué conciliación cabe en el actual estado de cosas? No se trata aquí de una simple cuestión suscitada en el orden político ó en el orden religioso, en la cual haya términos hábiles para una amistosa transacción. Trátase por el contrario de una situación creada violentamente al pontificado romano, y que destruye por entero la libertad y la independencia que le son indispensables para el gobierno de la Iglesia. Prestarse pues á una conciliación de tal especie, sería de parte del pontificado, no solo renunciar todos los derechos de la santa sede que le han sido transmitidos en depósito por sus augustos predecesores, sino resignarse por un acto de su propia voluntad á rodearse de obstáculos para el ejercicio de su supremo ministerio, á dejar inquietas y agitadas las almas de los fieles, á cerrarse el camino para la libre manifestación de la verdad; sería en una palabra, resignarse á abandonar espontáneamente al capricho de un gobierno la sublime misión que el pontificado romano ha recibido directamente de Dios, con la estricta obligación de defender su independencia contra todo poder humano.

No. Nos no podemos prestarnos ni á los asaltos dirigidos contra la Iglesia, ni á la usurpación de sus sagrados derechos, ni á la intrusión ilegal del poder civil en los asuntos religiosos. Enérgicamente resuelto á defender con honor, y por todos los medios que aun tenemos á nuestro alcance, los intereses del rebaño confiado á nuestros cuidados, Nos estamos dispuesto á afrontar todavía mayores sacrificios, y á verter si es preciso toda nuestra sangre antes que faltar á ninguno de los deberes que nos impone nuestro supremo apostolado. ¿Qué más? con la ayuda de Dios no dejaremos jamás de dar ejemplo de fortaleza y de valor á los pastores de la Iglesia y á los demás ministros sagrados, que en estos desventurados tiempos sostienen tantas luchas por la causa de Dios, por el bien de las almas, por la defensa del sagrado depósito de la fé, por la inviolabilidad de los principios eternos de la moral y de la justicia.

¿Qué he de decirles ahora, señor cardenal, de esas supuestas garantías que el gobierno usurpador aparenta querer dar al jefe de la Iglesia, con la manifiesta intención de engañar á los sencillos y los irreflexivos y de prestar un arma á esos partidos políticos que tan poco caso hacen de la libertad y de la independencia del romano pontífice!

Dejando á un lado todo otro discurso, lo que hoy está sucediendo en Roma, en el momento mismo en que tanto interés hay en convencer á Europa de la fuerza y eficacia de esta ley tan decantada, es el mas elocuente argumento para demostrar su futilidad é ineficacia. Y en efecto, ¿de qué sirve proclamar la inmunidad de la persona y residencia del pontífice romano, cuando el gobierno no tiene fuerza siquiera para garantírnos de los insultos á que está espuesta todos los días nuestra autoridad, y de las repetidas ofensas que de mil modos se hacen á nuestra persona misma, cuando al par de todas las gentes honradas tenemos que ser lastimeros espectadores de la manera con que en ciertos casos, algunos de ellos muy recientes, se administra la justicia penal? ¿De qué sirve tener abiertas las puertas de nuestra morada, si no nos es posible salir de ella sin ser impotentes espectadores de escenas impías y repugnantes, sin esponernos á ultrajes de la gente que ha acudido á nues-

tra Roma para fomentar en ella la inmoralidad y el desorden, y sin correr el riesgo de convertirnos en causa involuntaria de conflictos entre ciudadanos?

¿A qué prometer garantías personales para los altos ministros de la Iglesia, cuando estos se ven obligados á ocultar en las calles las insignias de su dignidad por no esponerse á todo linaje de malos tratamientos; cuando los ministros de Dios y las cosas mas sagradas son objeto de befa y escarnio, hasta el punto de que muchas veces ni conveniente es siquiera celebrar en público las mas augustas ceremonias de nuestra santa religion; y en fin, cuando los santos pastores del orbe católico, que de tiempo en tiempo se ven en la precisión de venir á Roma para dar cuenta de los negocios de sus iglesias, pueden verse espuestos, sin ninguna garantía real, á los mismos insultos y quizá tambien á iguales peligros? En vano es proclamar la libertad de nuestro pastoral ministerio, cuando toda la legislación, hasta en su parte mas importante, como es la de los sacramentos, se halla en manifiesta oposición con los principios fundamentales y leyes universales de la Iglesia.

De nada sirve reconocer por una ley la autoridad del supremo pastor, cuando no se reconoce el efecto de los actos que de él emanan, cuando los obispos que hemos elegido no son reconocidos legalmente, y se les prohíbe con injusticia sin ejemplo gozar del legítimo patrimonio de sus iglesias y hasta entrar en sus casas episcopales. De modo que habrían quedado reducidos á un estado de completo abandono, si la caridad del pueblo católico que nos está sosteniendo no nos suministrase, por ahora al menos, el medio de partir con ellos el óbolo del pobre. En una palabra, ¿qué garantía podría darnos un gobierno acerca de la observancia de sus promesas, cuando la primera de las leyes fundamentales del estado se ve, no solo hollada impunemente por un ciudadano cualquiera, sino reducida á la nulidad por el gobierno mismo, que á cada paso, ora con nuevas leyes, ora por decretos, elude á su antojo su respeto y observancia?

Al haceros esta esposición, señor cardenal, hemos tratado principalmente de dar á conocer por vuestro conducto á los representantes de los gobiernos acreditados cerca de la santa sede el lamentable estado á que dentro del nuevo orden de cosas nos vemos reducido, con harto perjuicio para la causa católica; y os encargamos que reclameis y protesteis ante ellos y en nuestro nombre contra los atentados ya cometidos y contra los que nos amenazan aun, en daño no solo del romano pontífice sino de toda la catolicidad. Interesados tanto como Nos en el reposo y tranquilidad de las conciencias católicas, no dejarán de tomar en consideración esta falta completa de libertad é independencia en el ejercicio de nuestro ministerio apostólico. Pues si cada uno de los fieles tiene el derecho de pedir á su propio gobierno que le garantice su libertad personal en lo tocante á religion, no menos derecho le asiste para pedirle que garantice la libertad de aquel que es guía é intérprete de su fé y religion.

Es además verdadero interés de todos los gobiernos, profesen ó no la religion católica, volver la paz y la tranquilidad á la gran familia cristiana y sostener nuestra real independencia. En efecto, los gobiernos no pueden desconocer que, llamados por Dios á defender y sostener los principios eternos de justicia, tienen el deber de defender y proteger la mas legítima de las causas que se conocen en la tierra, persuadidos de que sosteniendo los derechos sagrados del pontífice

romano, defienden y sostienen sus propios derechos. No pueden del mismo modo olvidar que el pontífice romano y el trono pontificio, lejos de ser un obstáculo ni al reposo y prosperidad de Europa, ni á la grandeza é independencia de Italia, fueron siempre lazo de union entre pueblos y príncipes, centro comun de concordia y de paz. Y con respecto á Italia, menester es decirlo, el pontificado romano y el trono pontificio han sido su verdadera grandeza, protectores de su independencia, apoyo constante y muro de su libertad.

Por último, como no puede haber mejor garantía para la Iglesia y su jefe que la oracion dirigida á Aquel en cuyas manos está la suerte de los imperios y que con un solo gesto aplaca las olas y calma las tempestades, Nos no dejamos de dirigir al Altísimo fervorosas y no interrumpidas súplicas, para que cesen tantos males, se conviertan los pecadores y triunfe nuestra santa madre Iglesia.

Uniéndole nuestras oraciones á todas las de nuestros queridos hijos esparcidos en todo el orbe católico, no podemos dejar, hasta por gratitud, de invocar para todos ellos una bendicion particular, que sirva para preservarlos de nuevos y mas terribles castigos, conservarlos firmes y constantes en los principios de honor y senderos de virtud, y para restituirles en fin, por la intercesion de la beatísima Virgen Inmaculada y de su esposo san José y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la paz y prosperidad de otros tiempos.

Recibid con este motivo, señor cardenal, la bendicion apostólica que de corazon os damos.

En el Vaticano á 16 de junio de 1872.—PIO IX, PAPA.

CRÓNICA.

El 14 de junio, el presidente de la *Sociedad romana para los intereses católicos* presentó á su santidad, con el homenaje de los 6,000 asociados romanos, treinta comisiones de otras tantas sociedades de Italia afiliadas á aquella. Además se encontraban presentes varios representantes de las sociedades católicas de Prusia, América Septentrional, Suiza, Inglaterra, Irlanda, Francia, España, Austria, Perú y Goritz.

Las vastas salas y galerías del Vaticano eran estrechas para contener la inmensa muchedumbre de gente que afluia á ellas. En una de las galerías del Museo habia además un millar de damas nobles, princesas, mujeres del pueblo, confundidas en un mismo sentimiento de amor hácia el santo pontífice. Este salió de sus habitaciones á las once, seguido del cardenal Borromeo, de muchos prelados y personajes. Despues de escuchar la lectura de un hermoso mensaje, obra maestra de caligrafía y epigrafía, escrito en pergamino, que le presentó en nombre de la concurrencia el príncipe de Campagnano, el papa pronunció la siguiente alocucion:

«Gran consuelo es para mí ver que hoy le sucede al pueblo católico lo que en otro tiempo le sucedió al pueblo de quien Dios decia: «Este pueblo se cansa del poder de los sacerdotes, y pide ser regido tambien por el cetro y la corona; pero no tardará mucho en arrepentirse de este cambio.» Que lean lo que los consejeros de Roboan decian despues de la muerte de Salomon, y verán la diferencia que hay entre uno y otro régimen. Verán que, en lugar de un señor bondadoso que esperaban encontrar en este jóven, reconocieron que el gobierno posterior era mas duro que el primero.

En cuanto á vosotros, deplorando la usurpacion de un cetro mal colocado en las manos que le tienen, renovais vuestros votos en favor de este poder sacerdotal que, por la gracia de Dios, no era tan malo como querian hacer creer los enemigos de la humanidad y de la Iglesia de Jesucristo.

Yo os doy gracias á todos, y os suplico que repitais mis palabras á los que no pueden oír mi voz á través de la inmensidad de estas salas que llenan con su presencia.

Yo os bendigo á todos, bendigo de corazon al príncipe de Campagnano que ha hablado, y á toda la inmensa concurrencia que me forma una hermosa corona que consuela mi corazon.»

El dia 15 del propio mes fué recibida por el padre santo una diputacion de la sociedad primaria de los intereses católicos, de la cual formaban parte los señores marqués de Spedalotto su presidente, el príncipe de Petrulla, el conde de Cimarra y el caballero Scalvizi. Despues de oír el mensaje de la diputacion, su santidad contestó con las siguientes palabras:

«Os doy gracias por estos sentimientos, y ruego á Dios bendiga de particular manera á vuestra sociedad y á la Sicilia entera, tierra fértil, no solo en buenos frutos, sino tambien en buenas almas. Consuélome al ver en ese pueblo un espíritu tan bueno y tan grande fervor, y elogiaré particularmente á Acci-Reale que quiso hacer toda clase de esfuerzos y sacrificios para tener un obispo. Todas esas valerosas gentes pusieronse en movimiento; el uno ofreció la renta de una casa, el otro los frutos de sus tierras, este hizo algun ahorro del producto de sus fatigas, y de esta manera reunieron y depositaron aquí una cantidad dispuesta para el obispo, que no digo que fuera una riqueza, pero si todo lo necesario para vivir holgadamente. Ellos me suplicaron que nombrase pronto este obispo, y Nos lo haremos lo antes posible, y contentaremos de esta manera á esa parte de Sicilia.

Algunos lo tomaron á mal y se quejaron de las disposiciones dictadas respecto de esta isla. Por lo demás, la Sicilia ha obtenido una ventaja con la abolicion del tribunal llamado *Monarchia*, porque los obispos son mas libres, las razones mejor espuestas y las cuestiones mejor discutidas. Tanto mas, cuanto que entre las personas que componian esta *Monarchia* habia algunas que no eran muy buenas, testigo la que murió recientemente. Es indudable que con elementos semejantes nada bueno debia esperarse de este tribunal.

Que olviden pues todas las cosas antiguas, y estén atentos á las nuevas que ayudarán al bien. Entre sus grandes males las revoluciones producen asimismo el bien, porque purgan. A mi regreso de Gaeta vi aquí á un obispo extranjero de grande sencillez; díjome que la revolucion habia producido grandes ventajas. Esplicaos, le dije con dulzura.— Entre otras cosas respondiome: antes no se podia predicar, y ahora predicamos en las plazas mismas. En suma, este buen obispo se daba por contento con estas ventajas.

Y ahora recibid mi bendicion.»

Al recibir al patriciado romano, que fué el dia 16 á felicitar al papa, su santidad contestando al mensaje del senador Cavalletti, dijo lo siguiente:

«El divino obispo y el pastor de nuestras almas, Jesucristo nuestro Salvador, que desde el primer momento de la creacion de la Iglesia ha tenido siempre su vicario en la tierra, le tiene todavia hoy; pero ese divino fundador y ese padre de nuestras almas sabe bien cuánta es la debilidad del vicario actual que tiene sobre la tierra. Por eso no ha querido que le imitase en todo lo que le sucedió en su dolorosa passion. Él fué abandonado de todos, hasta el punto de que en el altar de la cruz, con los brazos estendidos, pudo exclamar: ¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me habeis abandonado? En cuanto á mí, de quien el divino Jesus conoce la debilidad, no sucede así. Estoy constantemente fortificado, y el socorro de hoy es mas dulce á mi alma, porque vosotros, que hoy me tejeis tan bella corona, perteneceis á una clase ilustrada de la sociedad.

En general, mis queridos hijos, los ejemplos descienden de alto á bajo, y los que vienen de abajo son menos poderosos que los que vienen de lo alto. Aquí mismo vemos la aplicacion, porque á vuestro ejemplo toda esta ciudad, ó al menos la mayor parte (como he tenido ayer la prueba), se ha decidido á permanecer firme y constante en el ejercicio de sus deberes, en la pureza de su fe y de sus sentimientos.

Así decia ayer una cosa, que repito hoy para que sea mas clara todavia. Decia ayer: No, vosotros no habeis hecho lo que hizo hace tantos siglos aquel pueblo que se llama

maba entonces el pueblo de Dios, el pueblo de Israel. Vosotros habeis obrado de otra manera. Aquel pueblo se mostraba cansado de la autoridad sacerdotal, y rogó á Samuel que le obtuviese de Dios el que pudiese reemplazar el poder racional de los sacerdotes por el poder del cetro en mano de los reyes, en una palabra, la tiara por la corona de esta tierra; y le fué concedido.

He dicho que muy pronto este pueblo se arrepintió de esta sustitucion que tan desdichadamente deseaba, y como no podia hablar ayer comodamente á tan gran multitud esparcida por tan vastas estancias, les recomendaba que leyesen esa historia en el libro de los Reyes, á fin de ver lo que hizo Roboam hijo de Salomon cuando se le presentó una comision, como se dice hoy dia, para hacerle presente que era necesario disminuir un poco las cargas que pesaban sobre el pueblo. Tuvo la debilidad de oír el parecer de los jóvenes sin experiencia é incapaces. En lugar de disminuir las cargas las dobló, tomó un carácter feroz, y á causa de esto perdió diez partes de su reino, quitándole Jeroboan las diez tribus y no quedándose con mas que con las dos tribus de Israel.

En vosotros sucede lo contrario. Vosotros habeis dicho siempre que el poder sacerdotal es un poder paternal, y que por el contrario el poder á que hoy estais sometidos es un poder duro y pesado, un poder anti-católico que procura estirpar del corazon del niño y de la juventud los principios de la fe y de la piedad. Tenemos diarios ejemplos de esto en varias escuelas donde no se enseña mas que la irreligion y la impiedad. Continúad pues vosotros firmes en esta actitud; permaneced en la red de que habla el evangelio de esta mañana.

Jesucristo mandaba á Pedro que pescase, y Pedro le decia: «Maestro, me he cansado toda la noche, y no he cogido un solo pescado.» Al fin, viendo que Jesucristo se lo mandaba, san Pedro volvió de nuevo á pescar, y sacó tan gran cantidad de pescado que la red se rompió. Pero como nota exactamente el venerable Beda, aunque la red se rompió, no se fué ningún pescado. Así sucede con vosotros. Aquellos, al hacer brecha en la puerta Pia, han venido para hacer todo el mal que han hecho, y para inundar la ciudad con toda clase de escándalos é iniquidades; pero vosotros habeis permanecido en esa red maravillosa bajo la proteccion de Dios, que se sirve de su humilde vicario para mantenernos unidos y constantes en la fé.

Sin embargo os agradezco vuestro celo, vuestra piedad, y especialmente los esfuerzos que haceis para salvar de la corrupcion á la juventud. ¡Ah! haced todo lo que está en vuestro poder para que haya el menor número posible de almas arrancadas á Dios, y levantaos siempre como un muro de bronce contra la injusticia y la iniquidad.

Que el Señor os bendiga y que esta bendicion os dé fuerza, consuelo y valor. No temais: el Señor está con nosotros, *et si Deus pro nobis quis contra nos?* Que el testimonio de la buena conciencia y el sentimiento de la justicia y de la virtud sean en el porvenir, como lo han sido en el pasado, la guia de vuestro afecto á esta santa sede. **A** conservareis la tranquilidad y el reposo en todos los dias de vuestra vida, y Dios os dará la gracia de ver un rayo de luz aun en esta pobre tierra.»

Todos los presentes se arrodillaron. Despues el papa bajando del trono atravesó las filas de los presentes dándoles á besar su mano. En seguida entró en su estancia en medio de la profunda emocion de los que le rodeaban.

El sacro colegio reunido en la sala del trono presentó el dia 17 sus homenajes al sumo pontifice. Al cardenal Patrizzi, que como dean usó de la palabra, respondió el padre santo en estos términos:

«Vuestras palabras son siempre para mí de gran consuelo, porque siempre manifiestan cómo los cardenales unidos con el papa son sus colaboradores en toda la administracion de la Iglesia hoy tan perseguida. Así pues parece ver hoy lo que deciamos en la misa de ayer: «Jesucristo subió á una barca y predicó á la muchedumbre.» Es de advertir que entre las barcas situadas cerca de la playa solo escogió la de Pedro, y desde ella, como la primera, habló al pueblo;

despues mandó tomar viento y dijo á los apóstoles: bajad y tended las redes, y á san Pedro: guia la nave. *Duc in altum.*

Sucesor indignísimo de san Pedro, tambien yo me he sentido con fuerzas, y con vuestro auxilio he ido á alta mar. No entraré ahora á enumerar los puntos del derrotero; vosotros sabeis cuanto hasta hoy ha ocurrido. Hemos ido á la altura, hemos hecho cuanto Dios ha creído poder hacer con el instrumento mas débil que hay en la tierra, pero al fin se han hecho muchas cosas; se han establecido sabios principios, hanse reunido concilios, se han nombrado obispos, especialmente en esta desdichada Italia que necesitaba ayuda, consejos y proteccion.

Gran consuelo ha sido el ver provistas de pastores casi todas las sillas episcopales, y por este medio confortado mas y mas el pueblo italiano. Porque ha sido para mí y para todos los católicos verdadero consuelo el ver cuan grande y potente es todavía en esta península la fe. Quizá deba esto atribuirse á estar aquí el centro de la fe católica, y á que la Italia posee al sucesor de san Pedro, al vicario de Jesucristo. Ahora vemos aun mejor la inmensa ventaja de haber provisto las sillas episcopales, de haber publicado el *Syllabus* y los decretos del Vaticano; pero esto motivó tambien la encarnizada guerra hecha contra nosotros por los enemigos de la Iglesia. Parece oírles decir entre si, reunidos: *¿Quid profuimus? ¿Qué hemos ganado?* La Iglesia avanza siempre; preciso es por lo tanto hacer lo posible para destruirla, y por eso siempre el infierno renueva y aumenta sus esfuerzos, por eso procura ahora apoderarse de la juventud para corromperla, para difundir la inmoralidad, emponzoñar á los pueblos con toda clase de iniquidades, pervertir la enseñanza y corromper cuanto hay de bueno en el mundo, con el designio de poner obstáculos á la propagacion de la fe y de la palabra de Jesucristo.

Pero así como vosotros me infundís valor, así quiero dároslo yo á vosotros y á mí mismo, porque habiendo querido Dios hacer tantas obras para su gloria y bien de la Iglesia, es imposible que quiera abandonarla en este momento y consentir que la borrasca y las tempestades aneguen la barca, pues la fe nos enseña que no puede ser sumergida. Esperamos pues que esta barca podrá llegar pronto á la orilla y hallar la tranquilidad; y tambien esperamos que aun en este mundo podremos cantar con el jefe del pueblo hebreo el famoso himno de accion de gracias á Dios: *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est, equum et ascensorem projecit in mare.* Cantemos al Señor porque ha manifestado su gloria y ha precipitado en el mar caballo y caballero.

Dios os bendiga y os dé fuerzas y la gracia de ver cumplido lo que deseamos.»

«Es triste el hecho, dice la *Voce della Verità* ocupándose del empleo que se ha dado á los conventos expropiados, pero es necesario pensar en ello. Conviene que el mundo católico sepa lo que el gobierno italiano ha hecho en Roma y de Roma. La carta del padre santo no necesita pruebas, pero no está demás este comentario.

Treinta y cinco conventos, los mayores y mas importantes de Roma, han tenido que sufrir en todo ó en parte la expropiacion, quedando reducidos á miserables, angostas é insalubres habitaciones los pocos religiosos y religiosas respetados. Todas las órdenes han sufrido la expoliacion; los benedictinos, lo mismo que los padres observantes; las hijas de santa Teresa, como las de santa Clara. ¡Cuadrado en el santuario donde se educaban para la mas penosa y santa vida los novicios de la Compañía de Jesús! ¡Caballos, donde ha estado la mas insigne reliquia de la pasion de Cristo! Mucho cuidado se toman por los caballos y los perros: la enfermeria de los caballos se establecerá en el edificio contiguo á san Vitale; los perros residirán en la villa Potenzianni sobre las catacumbas de los mártires. ¡Caballos, perros, bestias, adelante, venid á ocupar el puesto de Cristo y de los santos! ¡Vivan las bestias! su época ha llegado. ¡Abajo Dios y el hombre que en él cree!»